

CAPÍTULO IX.

El diablo.

**V**ALE la pena de dedicarle al diablo algunas líneas, para que veamos prácticamente la influencia que ejercía en nuestros personajes este sugeto de tan malos antecedentes. Retrocedamos.

Un miércoles á las ocho y media de la mañana, el desayuno de la casa de D. Pedro María tenía un aspecto de verdadera fiesta.

Presidía la mesa el Padre Martínez, que saboreaba su predilecto Caracas con envidiable satisfacción.

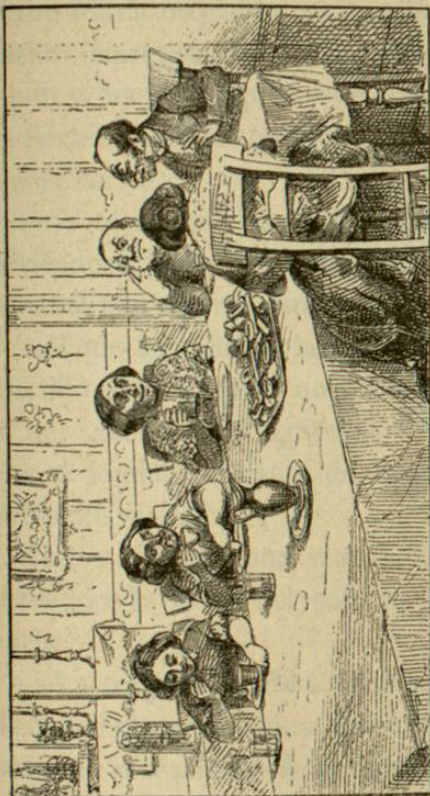


Doña Rosario acababa de quitarse la mantilla y había quedado con su saya de gro azul y una pañoleta blanca de encajes.

D. Pedro María tenía un chaleco de terciopelo azul labrado á fuego, y estaba sentado junto al padre Martínez.

Angelita vestía también de azul y las dos tías, aunque más modestamente ataviadas, tenían una de ellas una mascarada de gasa-blonda azul celeste al cuello, y la otra una mascarada azul de la India.

En el mismo comedor y sobre la cómoda de los trastos se había levantado un altar de tres gradas, sobre las cuales descansaba un gran nicho que encerraba una escultura que representaba la Purísima Concepción de María: ardían cuatro velas en el altar, que también estaba adornado de blanco y azul.



Un palo al diablo.



—De modo y manera, exclamó don Pedro María tragando un medio bizcocho impregnado en chocolate; de modo y manera, repitió, que el diablo ha llevado hoy por nuestra cuenta una buena corrida.

—¡Y cómo que sí! replicó una tía sirviéndose leche: el enemigo malo ha de estar hoy contra nosotros que chille.

—Todo ha salido á las mil maravillas, dijo doña Rosario no cabiendo en sí de satisfacción: figúrense ustedes que el domingo después de la consabida enfermedad...

Todos soltaron una carcajada, recordando la farsa del sábado en la noche.

—La tragó el marido, exclamó una tía con el placer con que hubiera pensado en una píldora de estriquina tragada por un lobo.

—Y vaya si la tragó ¡pobre! dijo la otra tía.



—Pues como iba diciendo, continuó doña Rosario procurando atraerse toda la atención de su auditorio y olvidándose hasta de su chocolate: á las seis del domingo, ya Mercedes y yo estábamos en la calle.

—¿Y Carlos mandó recado? advirtió D. Pedro María.

—Sí, contestó doña Rosario, á las cinco y media mandó preguntar como seguía Mercedes y se le contestó que había pasado muy mala noche y que estaba aún recogida. En punto de las siete llegó el padre Martinez á Jesús María ¿no es verdad, padre?

—A las siete en punto; sí, mi señora, cita inglesa.

—Apenas se había plantado el padre en el confesionario, ¡cataplum! allá va Mercedes.—Anda, hijita, bendita de Dios, le dije; aquí ofrezco mientras la confesión: —la pobre de mi hija se pu-

so á la reja; yo la ví, y no tienen ustedes idea del placer que sentí al verla confesándose.

—Con razón! dijo una tía.

—Ya se vé! dijo el padre Martinez.

—Naturalmente! agregó don Pedro.

—Pues bien, continuó doña Rosario ¿qué, crearán ustedes que aquello fué muy largo? no señor, en menos de un cuarto de hora despachó; y ví con el rabo del ojo la mano del padre Martinez y oí clarito clarito el *ego te absolvo*.

—Ahora sí, dije, para mí, ya el diablo la llevó: salimos de la iglesia y á toda prisa nos venimos á casa: ya Carlos había mandado otros tres recados, y según el criado, estaba furioso.

—Vea usted que energúmeno, dijo una tía que era la que siempre daba el pié forzado para toda murmuración.

—Ya se vé, observó el padre Martinez, él solo estaba pensando en el día de campo.



—Y mal se avienen, agregó D. Pedro, la pureza y la gracia del alma, con el deseo de los placeres.

—Naturalmente! exclamó doña Rosario, que diferencia entre una jóven que acaba de recibir la gracia de Dios y un hereje de la calaña del tal don Carlos.

—Vamos, muger; le dijo D. Pedro en tono de reconvención.

—Si no puedo ver á los herejes, no consiste en mí, pero les tengo muy mala voluntad.

—No se carece de razón para ello, dijo el padre Martinez; pero lo mejor es, tener piedad de sus culpas y procurar inducirlos á abjurar de sus errores, porque al fin, su Divina Majestad tarde ó temprano, se digna tocarles el corazón y los pobrecitos herejes tienen que cantar la palinodia.

—Pero, no crea usted que se consi-

ga nada acerca de Carlos; yo por lo menos no me he de meter á convertirlo, allá se lo haya, dijo doña Rosario; lo esencial es salvar á Mercedes, y eso parece que lo hemos conseguido.

—Por lo menos, el diablo ha llevado buen chasco, agregó una tía riéndose.

—Y dígame usted, padre Martinez, usted que sabe y ha estudiado sagrada teología: ¿el diablo es realmente de la forma con qué nos le pintan? porque, oiga usted, yo he visto diablos pintados y son verdaderamente horribles.

—¿Qué si son así? preguntó doña Rosario; vaya si son, ¿quién no conoce su figura? uñas muy grandes, especialmente las de los piés, cuerpo de hombre, por supuesto, cola como de mono, alas de pellejo, sin plumas, como las de los murciélagos, y cuernos retorcidos; así es como he visto siempre al



diablo ¿no es verdad? agregó dirigiéndose á todos como peritos en la materia.

—Exactamente así son los diablos, dijo una de las tías.

—Dicen, además, continuó doña Rosario, que los hay verdes y otros negros, y como medio rojizos.

—De modo y manera, dijo D. Pedro María, que efectivamente, padre Martínez, el diablo es como nos lo pintan.

—Se sabe, dijo el padre Martínez, que el fuego nuestro no es más que fuego pintado, comparado con el del infierno; y así calculo yo, que los diablos deben ser todavía más feos que los que nos pintan.

—Ese es un argumento que me convence, exclamó D. Pedro.

—Lo que yo no puedo comprender, dijo la tía, es ¿cómo esos diablos que

naturalmente son del tamaño de una persona, pueden hacerse invisibles y tentarnos y todo sin que nosotros los véamos?

—Eso es porque vienen en espíritu, señora; ¿no considera usted que si el diablo nos tentara viniendo del infierno con alas y todo lo veríamos venir, y nos familiarizaríamos con ellos ó quedarían expuestos á las acechanzas de los hombres? porque entre éstos los hay tan malvados que estoy seguro de que no faltaría alguno capaz de darle un palo al diablo.

—¡Ay que bueno! exclamó una tía, pues yo si pudiera le había de pegar uno que se había de acordar de mí para toda su vida.

—Yo no sé pegar; pero haría lo mismo que mi hermana, dijo la otra tía.

—Bien es, agregó el padre Marti-



nez, que los chascarrillos que el diablo se lleva á veces con los buenos católicos equivalen á un palo; sea este por ejemplo.

—Ya se vé, exclamó doña Rosario, si por eso estoy contenta: figúrense ustedes que en lugar de una alma que que el diablo disputaba, hoy se han purificado: las de mi marido y la mía dos, Merced tres, mis hermanas cinco y Angelita seis: ¡media docena de almas purificadas! por una que el diablo quiso corromper.

—Ya verán ustedes, dijo el padre, que esto es un verdadero palo.

Esto pasaba, como recordará el lector, cuando Mercedes llevaba poco tiempo de casada con Carlos, y ya desde entonces el diablo tenía la interesante misión de pervertir á Mercedes. Diez años después, quiere decir, en la época en que hemos visto á Chu-

cho el Ninfo hecho un pollo, el diablo, si mal no comprendemos, persistía en su obra y ponía en juego los más péfidos resortes.

Volvamos, pues, al cabo de esos diez años á la casa de D. Pedro María.

Los mismos muebles, el mismo aspecto tenía todo; solo las personas habían cambiado esencialmente.

Don Pedro María estaba muy viejo y muy enfermo; en doña Rosario había aún todo el vigor de la jamona que lucha con la navidades por medio de la rutina higiénica, pero no obstante, era ya una señora mayor.

Las dos tías estaban cartilaginosas y comenzando á momificarse en vida; una de ellas había perdido un ojo y la otra el oído, pero ninguna de las dos la lengua.

Pablito era, como hemos dicho, periodista y por lo tanto político y hombre de pretensiones.



Una tarde de Agosto, la sala de D. Pedro María estaba oscura; habían cerrado los balcones por temor á la tempestad y alumbraban con una luz amarilla una vela de la Candelaria, otra de Nuestro amo y una lamparita de aceite de olivo.

Parecía que del sofá se había apoderado las tres parcas. Estaban allí doña Rosario y sus dos viejas hermanas las tías de Mercedes.

Doña Rosario se enjugaba las lágrimas y las tías cartilaginosas se apretaban las manos; ni el padre Martínez, ni D. Pedro, ni el señor cura, ni siquiera Perez las consolaba. Estaban entregadas á su dolor, oyendo el rimbombante de los truenos, porque el cielo estaba enojado y en la imaginación de aquellas tres señoras las descargas eléctricas tenían este nombre, *la ira de Dios*: sin más razones que la que

tiene un boticario para llamarle á una infusión astringente agua del Papa.

Las viejas lloraban, temblaban y rezaban, y razón tenían: acababa de caer en aquella casa un rayo, pero no enviado por Júpiter, sino por el diablo. Este rayo era la certidumbre de que Mercedes era una esposa adúltera: las tías habían husmeado, habían puesto celadas, habían conjurado á las criadas de la casa de Carlos, en nombre de su salvación eterna, á que dijeran la verdad, y la verdad había aparecido desnuda, asquerosa, descomunal.

Mercedes era criminal y nadie se había atrevido á pensar nada mal de Chucho el Ninfo.

—Sobre que oye misa y reza y toma agua bendita, decía la tuerta; que yo lo he visto.

—De las pasiones del alma no es dueño Juan Carbonero, agregó la sor-



da, calculando que aquel refrán había de venir al caso en cualquier momento.

—¡Mi hija de mis entrañas! exclamaba doña Rosario.

—¿Y su marido?

—No lo sabe todavía.

—Pigúrese usted lo que sucederá cuando lo sepa, ¡Dios nos coja confesadas!

—Pero ¿cómo es posible que no lo sepa, cuando por todo México no se habla de otra cosa? continuó la tuerta. Ayer nada menos, estuve en Chiconautla y con lo primero con que me van saliendo:—¿Qué dice usted, mi alma? ¡qué desgracia la de Merceditas! haberse ido á enamorar de ese jovencito.—Pero si es un niño dijo doña Marta.—Eso es lo mismo que yo digo.—Yo no lo conozco.—Ni yo.—Pues yo sí lo conozco, les dije.—¿Y

qué tal?—Pues oigan ustedes, en obsequio de la verdad, Merceditas no ha carecido de razón; quiero decir, de disculpa, porque Chucho es como un dulce.—Dicen que es buen mozo.—¡Chulísimo!—Pero de todos modos es una desgracia—¿Y no tiene padre?—¡Cómo no! el señor D. Francisco, el ricote.—Pero dicen que es su tío.—No, sino su padre.—Es hijo natural, pero D. Francisco es su padre, que yo lo sé bien, dijo doña Marta; que como saben ustedes es mujer que tiene tantas relaciones. Vaya, sobre que no hablamos de otra cosa en toda la visita, que fué larga; figúrense ustedes que un color se me iba y otro se me venía, porque al fin se trataba de mi sobrina y ya saben ustedes cuanto he querido á esta muchacha.

—Está muy en boga esto de los amores de mujeres casadas: ahí está



el divorcio de doña Luz, y el otro negocio de la calle del Indio Triste.

—Yo no vuelvo á ver á Mercedes, dijo doña Rosario.

—Ni yo.

—Ni yo, dijeron las tías.

—¡Jesús, María y José! exclamó la tuerta al oír un trueno; creo que ya se va á acabar el mundo, ¡oye qué tempestad! Rosario.

Y las tres ancianas se echaron en oración.

—A mí nadie me quita de la cabeza, dijo la sorda, que con la novena de San Judas Tadeo, la cosa se compone.

—¡Qué San Judas Tadeo! si esto ya se echó á perder, le gritó la tuerta á la sorda.

—¿Qué no? pues mira, en casa teníamos un pegote de hombre, que iba todos los días, que no nos dejaba á sol ni á sombra; llevaba unos papeles,

creo que era cobrador, yo no sé, pero es el caso que el hombre nos tenía la vida quitada; se lo dijo á mi comadre. —¿Quiére usted que se vaya? me preguntó.—¡Cómo no he de querer!—Pues récele usted una novena á San Judas Tadeo.—¿Es posible?—Y poderoso.—¿Y se vá?—Irremisiblemente.—Pues lo voy á hacer.—Pero oiga usted, comadre, antes es indispensable una cosa.—¿Cuál?—Que le ponga usted una estampa en el sombrero.—¿Qué estampa?—La de San Judas Tadeo; en el forro del sombrero.—¿Y después se reza la novena?—Sí, y antes que se acabe se vá.—¿Con seguridad?—Sí.—¿Y si no se vá?—Entonces es porque no conviene.

—Pues le pondremos una estampa de San Judas Tadeo á ese malvado, en el forro del sombrero.

—¿A qué malvado?



—A ese señor D. Jesús de mis pecados.

—Bueno.

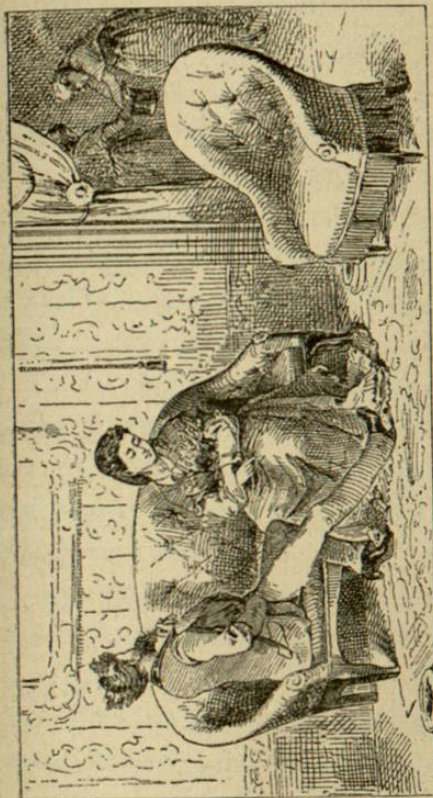
—¿Qué te parece de esto, Rosario?

—Yo sé que esa es una devoción muy buena. Doña Teófila Lopez se la puso á su marido y hasta que se divorció; y las Jimenez se quitaron una visita de más de dos años, con solo la estampa de San Judas Tadeo: hasta ahora, cuantos casos se han ofrecido, en todos el santo ha hecho el milagro; hasta un pariente de las muchachas Ríos, que les comía medio lado, tomó las de Villa Diego un día antes de que se acabara la novena de San Judas.

—Pues está decidido, le ponemos la estampa, á ver si así quiere Dios que las cosas no vayan á más.

—Cuéntalo como en la bolsa.

—Pero ante todas cosas, dijo doña Rosario; que nada de esto sepa mi



El milagro de San Judas Tadeo.



marido, porque al pobrecito le costaría la vida esta pesadumbre.

No solo en la casa de D. Pedro María, sino en todos los círculos, se hablaba de estos amores escandalosos; y como se verá más adelante, esta publicidad no era debida precisamente á la perspicacia de los observadores, sino á la manera con que Chucho el Ninfo trataba estos asuntos.

Un día llegó á saberlo todo Elena, quien se creyó en el deber de reprender á Chucho severamente, á la sazón que éste se dignaba hacerle una visita á la señora su madre.

—Se habla mucho de tus amores escandalosos con una mujer casada.

—¿De mis amores? repitió Chucho con calma, ya sabe usted que hay gentes envidiosas y mal intencionadas.

—Pero es que esto se sabe de una manera cierta.



—No sé cómo, porque no hay nada que valga la pena de referirse.

—Tus continuas visitas.

—¿Ya no puede uno visitar á nadie?

—Sí; pero dos ó tres veces al día es mucho visitar para quien no tiene interés en una casa; y luego, que no te conformas con ir, sino que vas en el coche de don Francisco que todo el mundo conoce, y no tomas siquiera la precaución de decir al cochero que vuelva por tí, sino que le haces esperar hasta que sales, y esto por mañana, tarde y noche; de modo que no hay una sola persona que pase por la calle de Zuleta, que deje de enterarse de que estás de visita en casa de Carlos, ¿y así quieres que no se murmure?

—¿Pero tengo yo la culpa de que las gentes sean maliciosas? Yo voy, es cierto; pero nadie me puede probar que yo tenga relaciones con esa seño-

ra, quien por otra parte es muy buena y frecuenta los santos sacramentos.

—Pues es necesario que tengas moralidad y que seas buen cristiano.

—Voy á misa.

—Pero no te confiesas.

—Cada año sí.

—¿Qué confesiones harás!

—Muy buenas, mejores que las de usted.

—Calla y no seas lenguaraz.

—No haga usted caso, mamá, de lo que le cuenten, porque todo ello no tiene más origen que la envidia de mis detractores: ven que me visto bien, que soy elegante, que gasto lujo, y que se mueren por mí las muchachas; y no puedo yo acercarme á mujer nacida sin que desde luego me la atribuyan; otros hacen cosas peores, pero como son feos, nadie se fija en ellos, mientras que yo.....



Elena tenía razón; porque Chucho en sus pretensiones con Mercedes había buscado antes el escándalo que la correspondencia.

Merced permanecía largas horas encerrada en su casa, porque su marido hacía mucho tiempo que había dado en ausentarse por largas temporadas para atender á algunos negocios que tenía en unas fincas de campo.

La enfermedad moral de que se sintió atacado este matrimonio pocos días después de la luna de miel, se hizo crónica; de manera que la unión conyugal tomó ese aspecto de sociedad de conveniencia mútua á que llegan muchos matrimonios.

Merced era la sub-administradora doméstica: Carlos el proveedor capitalista.

Y reinó allí la calma soporífera de las uniones frías, sostenidas solamente

por respetos y consideraciones mútuas. Ni la ternura, ni el amor, ni esa intimidad dichosa del hogar, ni las largas confidencias, ni las mil pequeñas peripecias conyugales que son las flores de un nido de amor indestructible; nada había quedado bajo el hielo de una especie de amistad ceremoniosa y grave, y tanto Carlos como Mercedes se sentían mejor cuando estaban uno del otro ausentes.

En medio de este aislamiento, Mercedes rescataba de entre las sombras de su pasado todas sus ilusiones vírgenes, todos sus sueños de muger, todo su caudal de sentimiento, y lo enagenaba por primera vez á la encarnación de su ideal, á Chucho el Ninfo, y temblando ante el crimen saboreaba con una delicia extraña su hiel de víctima.

Desde la monotonía de sus diez años de esposa, desde el erial desierto